

PREOCUPACIONES MORALES EN PERSPECTIVA ECUMENICA

Boletín bibliográfico a propósito de algunas publicaciones recientes del Consejo Ecuménico de las Iglesias

Se ha repetido con demasiada frecuencia que el mundo surgido de la Reforma encuentra especialmente difícil la articulación de un discurso ético coherente. Y sobre todo, válido para el diálogo interconfesional. Suele decirse que la valoración de la oferta salvadora y gratuita de Dios habría hecho especialmente ardua el recurso a la normatividad de la misma naturaleza, ante la cual el protestantismo habría alimentado una clásica reserva.

Si así fuera, a la ética protestante no le quedaría —y a honra suya— otro apoyo que la Sagrada Escritura o bien la normatividad político-cultural para fundamentar tanto su razonamiento ético como sus exigencias morales.

En consecuencia, el diálogo con los conciudadanos que viven en un mundo pluralista y secularizado, así como el diálogo ético con los fieles de otras religiones, y aún de otras confesiones cristianas, quedaría clausurado en sus mismos comienzos. Y, por otra parte, la hipotética de un yuspositivismo a ultranza llevaría a la reflexión moral al callejón sin salida de la servidumbre al príncipe de turno, sea éste político o publicitario, impidiendo la apelación a unos paradigmas éticos mínimamente objetivos.

Todas estas consideraciones, a veces reducidas a grafismo de caricatura, también cuando se trata de subrayar despectivamente la excesiva confianza en la normatividad de la naturaleza profesada por la moral católica, han sido objeto de bien conocidas controversias¹.

Pero las cosas nunca son tan simples. La misma urgencia de la misión ha ido ayudando a las iglesias de la Reforma a interrogarse por los caminos del diálogo que habrían de recorrer

1 Cf. R. Mehl, *Ética católica y ética protestante* (Barcelona 1973).

al encontrarse con otras culturas. Por otra parte, esta diversidad de paradigmas éticos, experimentada al llegar a otros «lugares de misión», se ha hecho sentir al experimentar la urgencia y la dificultad de la misión en el mismo lugar de origen. En el seno de las diferentes iglesias, las nuevas generaciones parecen vivir de otros valores éticos, sobre los cuales se hace a la vez necesario y difícil todo intento de armonización y hasta de diálogo. Los mundos axiológicos diferentes ya no están lejos, en el tiempo o en el espacio. Están en el seno mismo de las comunidades. De ahí la necesidad de replantearse los presupuestos de la reflexión teológico-moral, así como los cauces educativos correspondientes.

Por otra parte, las iglesias surgidas de la Reforma no pueden olvidar que, según la promesa de Jesús, el Espíritu nos irá conduciendo hasta la verdad completa. Ha sido precisamente en el seno de la teología protestante, por paradójico que pudiera parecer, donde ha sido redescubierta y tematizada con más vigor la certeza de que la revelación ha tenido y tiene lugar *en* la historia y *por* la historia. Los acontecimientos de la historia van desvelando el designio salvífico de Dios sobre el mundo y su pericia. Pero esos mismos acontecimientos van desvelando, en consecuencia, las exigencias éticas que urgen en cada siglo a la fe de los creyentes. Nuevas situaciones, de guerra o de paz, de hambre o de solidaridad, de emigración y acogida, de antifeminismo o feminismo, de racismo o de fraternidad, significan otras tantas demandas dirigidas a la caridad que constituye el núcleo central de la existencia cristiana.

Queremos fijarnos a continuación, en algunas obras, publicadas en la segunda parte de esta década por el Consejo Ecu­ménico de las Iglesias, en las que se descubre una innegable preocupación ética ante las nuevas exigencias que el mundo de hoy dirige a la fe, la esperanza y la caridad de los discípulos de Jesucristo.

1. *Evangelio y cultura occidental*

El Evangelio hubo de salir muy pronto de los estrechos cauces de la cultura judía para entrar en contacto —y en conflicto— con la cultura helenística de su tiempo. Gracias al encuentro, el mismo acontecimiento de la salvación por Jesucristo habría de ser repensado con nuevas categorías. Un choque semejante habría de repetirse al comienzo de la edad moderna, con ocasión de los grandes periplos oceánicos y el «descubrimiento» de nuevas culturas. Choque que, en este caso, trató y en parte consiguió hacer aceptable el mensaje evangélico en las categorías de los predicadores, ofrecidas o impuestas junto al mensaje mismo.

Pero el choque vuelve a producirse en nuestro momento. Y no precisamente por un cambio local de los predicadores del Evangelio al encuentro de hombres de cultura diversa, sino por el cambio mismo de la cultura en la que ellos viven. Ya Richard Niebuhr en su obra *Cristo y la Cultura* estudió hasta cinco modelos de relación entre el Evangelio y la cultura moderna. También Paul Tillich estaba profundamente preocupado por lo que, ya en el título de su primera conferencia, llamó la «teología de la cultura».

Sin embargo, Leslie Newbigin considera que esa reflexión ha sido llevada a cabo con frecuencia por teólogos que no han tenido la experiencia de un trabajo fronterizo, en el intento de transmitir el Evangelio de una cultura a otra radicalmente distinta. Ese es precisamente su caso. Habiendo pasado la mayor parte de su vida como misionero en la India, fue llamado a enseñar misionología y a colaborar en la pastoral de un típico medio urbano de Inglaterra. De ese confrontamiento nace su obra titulada *Locura para los griegos*², concebida en principio como una serie de conferencias en el Seminario Teológico de Princeton.

El autor, siguiendo el método inductivo, preconizado por Berger, estudia la cultura de la Ilustración como un problema misional. De hecho, ya al trazar los prolegómenos del estudio sobre el encuentro del Evangelio con la cultura contemporánea, subraya un hecho capital: la separación entre hechos y valores, que corresponde a la separación entre el mundo público y el privado. El mundo público es el de los hechos, sobre el que toda persona inteligente ha de estar de acuerdo. Dependemos de la información, y por tanto de los expertos. Asumimos que sus declaraciones se apoyan en la evidencia y son verificables. Pero, en el ámbito privado, podemos seguir nuestras personales preferencias con relación a la conducta personal y el estilo de vida con tal de no impedir a los demás el disfrute de una libertad semejante. En el ámbito privado, nada es «correcto» o «equivocado». Tal vez lo único equivocado sea condenar como equivocado el estilo de vida de los demás. «En el campo de los valores personales reina el pluralismo» (19).

Para Leslie Newbigin la respuesta de las iglesias protestantes al desafío de la Ilustración consistió en aceptar tal dicotomía y retirarse al sector privado. Habiendo perdido la batalla del control de la educación y habiendo peleado duramente en su enfrentamiento con la ciencia moderna, el Cristianismo, en su forma protestante, ha aceptado la relegación al sector privado, con-

2 L. Newbigin, *Foolishness to the Greeks. The Gospel and Western Culture* (Ginebra: World Council of Churches 1988) 156 pp.

fiando en que ahí puede mantener su influencia sobre el ámbito de los valores éticos, al menos entre aquellos que toman esa opción.

Pero, siguiendo una intuición profética de W. E. Gladstone, el autor considera que, de esa forma, el Cristianismo, en lugar de avanzar, regresa al mundo pagano de aquella Roma que aceptaba cualquier religión y cualquier Dios con tal de que aceptasen asentarse en el terreno de la opinión, no en el de la verdad. El día en que una religión manifestó tal pretensión, comenzó a ser peligrosa. Y perseguida.

Este es uno de los elementos que dibujan el «perfil» de esta cultura moderna. Tras utilizar la distinción apuntada por Hannah Arendt entre «labor, work and action», y estudiar las consecuencias derivadas de cada proceso, como la mecanización, la urbanización y al burocracia, el autor considera como factores centrales de esta cultura la afirmación de los derechos humanos, la capacidad, originalmente cartesiana, para dudar de todo lo previamente aceptado, y, sobre todo, la negación de la teología (p. 34).

Una de las afirmaciones más influyentes es, según el autor, el axioma de que todos los seres humanos tienen igual derecho a conseguir la felicidad, sin subrayar el derecho a conseguir el fin para el cual existen, de hecho, los seres humanos.

Tras haber examinado el mundo al que se dirige la palabra de Dios, el autor se vuelve a esa misma palabra para establecer los principios hermenéuticos básicos, y para recordarnos que la Biblia funciona con autoridad solamente en el seno de una comunidad comprometida con la fe y la obediencia y que encarna ese compromiso en un discípulo activo que abraza la totalidad de la vida, tanto pública como privada (58).

No es extraño que para el autor constituya una ilusión pretender imaginar que hay dos tipos de historia, la sagrada y la profana, la historia de salvación y la historia profana.

Puestos los presupuestos para el diálogo, el autor se hace tres preguntas fundamentales que ocupan otros tantos capítulos de la obra: 1. ¿Qué podemos saber?, o el diálogo con la conciencia. 2. ¿Qué hay que hacer?, o el diálogo con la política. 3. ¿Qué hemos de ser?, o la llamada a la Iglesia.

Los títulos son suficientemente expresivos. En tres capítulos, una rica serie de reflexiones y sugerencias constituye en realidad una especie de teología moral de la cultura, de la política y del testimonio. La experiencia misionera del autor y su conocimiento de la cultura occidental configura una nueva imagen de la misión, como diálogo con el mundo de la modernidad, como interpelación al mundo del capitalismo, como una nueva reflexión sobre el denominacionalismo, como un intercambio profético en-

tre las iglesias. Los cristianos de la cultura occidental necesitan aprender a ver el mundo y el Evangelio desde la perspectiva que les ofrecen sus hermanos del tercer mundo.

2. *La libertad del Reino*

Idéntica preocupación subyace en un pequeño libro en el que Emilio Castro resume la primera parte de su tesis doctoral³. *Sent Free* es una obra que parte de la pregunta por las prioridades con que han de jerarquizarse las diversas tareas que configuran la actividad misional de la Iglesia. En realidad se trata de una pregunta por las prioridades de valores: religiosos, éticos, políticos, culturales.

El autor reconoce que en el seno de la Iglesia Católica se ha dado, de hecho, un cambio radical de prioridades y de subrayados pastorales. Así, por poner el ejemplo de América Latina, la plurisecular alianza entre la cruz y la espada ha dado paso a la opción por los pobres y la confrontación con los poderosos. Invitadas por la masonería, muchas iglesias protestantes norteamericanas se han establecido en América Latina con la ilusión de aportar un cristianismo algo más liberal y progresista, pero que pudiera, a su vez, ser acusado de complicidad fáctica con las actuales fuerzas de dominación, en una especie de neo-colonialismo económico (p. 4).

Tras este punto de partida, analiza el autor las prioridades misioneras a lo ancho de todos los continentes y a lo largo de una serie de encuentros ecuménicos que van desde Bangkok (1973) hasta Melbourne (1980) con motivo de la conferencia misional organizada por la Comisión de Misión y Ecumenismo del Consejo Ecuménico de las Iglesias. En esta ocasión el tema elegido fue la oración de Jesús «Venga tu Reino». La creciente polarización de los poderes políticos de este mundo, la amenaza de una aniquilación nuclear, la brecha entre ricos y pobres, tanto entre las naciones como dentro de cada una de ellas, la marginalización continuada de millones de personas: todos estos problemas estaban tras la elección del tema. En la conferencia todos estaban convencidos de que no se puede hablar ni pensar en el reino de Dios sin concentrar el pensamiento, la oración y la acción sobre la situación actual de los pobres de la tierra (p. 38).

Esa es también la convicción personal del autor. Después de dedicar un capítulo del libro a examinar el concepto del reino de Dios en la Biblia y otro más al estudio del tema como

3 E. Castro, *Sent Free. Mission and Unity in the Perspective of the Kingdom* (Ginebra: World Council of Churches 1985) 102 pp.

preocupación teológica, la obra se cierra con una larga reflexión sobre «la libertad en la misión del Reino».

El servicio al reino de Dios, que resume la misión de la Iglesia, exige de ella la libertad de la obediencia a la palabra. Una libertad que, si es auténtica, nunca está exenta de riesgos. Y siempre exige un ejercicio de discernimiento para seleccionar las prioridades.

En el momento presente, se perciben dos modos de entender la presencia y misión de las iglesias ante los problemas del mundo. Uno de esos modos parece subrayar el crecimiento interno de la Iglesia, como la meta más importante de la misión cristiana. De hecho el anuncio del mensaje de Jesús, como tarea prioritaria, es irreprochable. Pero si la implantación de las Iglesias no mantiene viva la preocupación por la totalidad del Reino de Dios, se convierte en un reclutamiento de miembros para un club y una traición irresponsable al mismo reino.

El otro modo se manifiesta en la preocupación por la participación cristiana en las luchas de la liberación, sin olvidar, evidentemente, las dimensiones de la celebración y la oración ni el discernimiento de las señales escatológicas que apuntan hacia el Reino que viene en Jesucristo.

El hecho de que la lucha por la liberación, por ejemplo, en América Latina, lleve a los cristianos a desarrollar una «teología» constituye para el autor, una indicación de que ésa no es una «lucha secular», sino que la formación de una nueva sociedad es un asunto de obediencia cristiana y un importante medio de proclamar el Evangelio (p. 99).

El autor de este librito, Secretario General del Consejo Ecu­ménico de las Iglesias, nos advierte finalmente de la tentación de mantener fijo y estable un único esquema de prioridades a la hora de hacer creíble el Evangelio en las obras de misericordia y diaconía. Lo único importante es el amor. El Espíritu va desplegando ante las Iglesias las urgencias concretas ante las cuales el amor ha de realizarse en compromisos éticos concretos.

3. *Diálogo inter-religioso*

Pero los cristianos no son los únicos en preocuparse por los problemas de este mundo ni los únicos en prestar su apoyo a las luchas de liberación. Junto a ellos, caminan y luchan personas que encuentran en otra fe las fuerzas para su compromiso. En un mundo pluralista, el diálogo no es un pasatiempo, sino una necesidad.

Stanley Samartha, miembro de la Iglesia de la India Meridional y durante diez años director de la Subcomisión para el Diálogo, del Consejo Ecu­ménico, con las gentes de confesiones

vivas y de varias ideologías, ha dedicado al tema del diálogo un hermoso libro que recoge una serie de once artículos o intervenciones públicas precedentes⁴.

Algunas de estas entregas se refiere al diálogo como preocupación cristiana que, más allá de estrategias coyunturales o de razones pragmáticas, hunde sus fundamentos en, al menos, tres razones teológicas imprescindibles. En primer lugar, Dios, por Jesucristo, ha entrado en relación con personas de toda creencia ofreciéndoles la buena nueva de la salvación. La encarnación es el diálogo de Dios con la humanidad. Además, la oferta de una verdadera comunidad señalada por el perdón, la reconciliación y la nueva creación, que tiene a la Iglesia como signo y anticipación, inevitablemente lleva al diálogo. Y, por fin, ahí está la promesa de Jesús de que el Espíritu nos llevará hasta la verdad completa. Pero la verdad, en el sentido bíblico, no es proposicional sino relacional. No se la puede buscar en el aislamiento de una meditación solitaria, sino en la confrontación viva y personal entre Dios y el hombre, entre una persona y otra (p. 11).

A lo largo del libro se abordan en profundidad cuestiones teológicas importantes, como la presencia del Espíritu Santo en el seno de las diferentes religiones, culturas e ideologías, el significado del señorío de Jesucristo en la perspectiva del pluralismo religioso contemporáneo, el sentido de la misión de la Iglesia en un mundo pluralista. La pneumatología, la cristología, la eclesiología llevan necesariamente de la mano al estudio de numerosas cuestiones éticas. Al reflexionar, también él, sobre el reino de Dios en un mundo religiosamente plural, el autor no puede dejar de pensar en su propia tierra de origen y en sus necesidades de pan y de justicia, de libertad, de dignidad y autorespeto para liberarse de la ignorancia, la pobreza y la enfermedad.

De hecho, la pobreza, las desigualdades sociales y las injusticias políticas de muchos países de Asia han suscitado suspicacias sobre sus valores espirituales tradicionales. En ese contexto, la llamada a la humanización fue justificada en contra de la religión, que habría fracasado por no ofrecer apoyos suficientes para la lucha social o compasión suficiente para ponerse del lado de los que sufren. El autor sabe que «la liberación no puede identificarse con la salvación, pero la salvación incluye la liberación» (p. 108).

Junto a la tarea ética de la lucha contra la pobreza y la injusticia, el diálogo inter-religioso tiene encomendada otra im-

4 S. J. Samartha, *Courage for Dialogue. Ecumenical Issues in Inter-religious Relationships* (Ginebra: World Council of Churches 1981) 160 p.

portante misión. Durante demasiado largo tiempo las religiones han roto los grupos ya existentes, separado a las personas y a veces intensificado los conflictos (p. 124). Ya es hora de que se descubran como instrumentos de paz. El autor piensa en la tolerancia y la compasión, el respeto por la vida humana y el apoyo a los derechos humanos, el reconocimiento de la dignidad humana y el rechazo de toda forma de tortura y se pregunta: «¿Todos estos valores, que tienen profundas raíces en todas las religiones, pueden ser aceptados por todos los organismos religiosos en una declaración abierta a toda la comunidad mundial?» (p. 125).

Una vez más, la reflexión teológica y la observación de los signos de los tiempos alimenta la meditación sobre los valores éticos que los creyentes en Jesucristo están llamados a anunciar y testificar, en diálogo, sin duda, con los creyentes de todas las religiones.

4. *Sobre la Ética del trabajo*

Uno de esos valores éticos está en estrecha relación con el trabajo y la actividad humana en el mundo, que hoy alcanza dimensiones y urgencias hasta ahora insospechadas.

En septiembre de 1984 se celebró en Glasgow un taller internacional patrocinado por la Subcomisión del Consejo Ecuménico de las Iglesias sobre Iglesia y Sociedad y por el Proyecto de la Iglesia de Escocia sobre Sociedad, Religión y Tecnología. La pregunta central del encuentro era: «¿Cómo pueden las Iglesias evaluar y ofrecer respuestas informadas y prácticas a los problemas y oportunidades creadas por los nuevos modelos de trabajo?».

En representación de los dos organismos convocantes, Howard Davis y David Gosling han recogido los trabajos más interesantes de aquel simposio en una obra titulada sugestivamente *¿Funcionará el futuro?*⁵.

La primera parte de la obra está dedicada a estudiar los problemas que la tecnología actual plantea al mundo del trabajo, tanto por vía de la robotización como por el camino del desarrollo económico pronosticado por Schumpeter y ahora sometido a crisis.

La segunda parte estudia las actuales políticas de empleo, teniendo de nuevo en cuenta la perspectiva de la industria y de las nuevas tecnologías, sin olvidar dos escenarios muy concretos

5 H. Davis - D. Gosling, *Will the Future Work? Values for Emerging Patterns of Work and Employment* (Ginebra: World Council of Churches 1985) 124 pp.

que necesariamente han de atraer la atención en nuestros días: la Comunidad Europea y la industria electrónica de Malasia y su entorno.

La tercera parte está dedicada a trazar las líneas maestras de una ética alternativa del trabajo. Especialmente interesante es la reflexión de David Bleakley, un ingeniero con amplios compromisos en asuntos de iglesia y de sindicatos, quien se lamenta de los escasos elementos que tanto los concilios antiguos como los documentos actuales de las iglesias ofrecen para la elaboración de una teología del trabajo. Tomando las palabras del premio Nobel W. Leontief considera el sueño paradójico a que nos está abocando la nueva tecnología. En el paraíso, los primeros padres no trabajaban con esfuerzo. El progreso técnico lleva ya dos siglos ayudando a la especie humana a recorrer de vuelta el camino hacia el paraíso. Pero eso significa un mundo de bienes y servicios sin trabajo. Sin trabajo no hay empleo. Y sin empleo no hay salarios. En el nuevo paraíso todos morirían de hambre. Evidentemente se impone una nueva política social que considere la posibilidad de una renta mínima o salario ciudadano. Pero también se impone una nueva ética: «la moderna tecnología nos da la oportunidad para eludir la necesidad de acumular; estamos ahora en una posición única para explorar los alcances más nobles de la distribución. En el proceso necesitaremos encontrar una nueva sensibilidad que nos ayude a distinguir entre la economía de mercado y la economía del regalo; entre la creación de bienes y la oferta de servicios; entre la tarea obligatoria y el trabajo opcional» (pp. 84-85).

Igualmente interesante es el estudio del Dr. Göran Collste, de la Universidad de Upsala —*Hacia una Ética normativa del trabajo*—. El autor recuerda algunas de las consecuencias de la nueva tecnología antes de explicar las diferencias entre una ética deontológica —a la que apuntan los escritos tanto de Robert Nozick como *La teoría de la justicia* de John Rawls— y una ética teleológica, a la que adscribe un cierto utilitarismo. El mismo autor aboga por una teoría normativa orientada hacia las necesidades, y que sería una versión del utilitarismo. Apoyándose en los escritos de E. Fromm, A. Maslow y E. Etzioni, el autor traza incluso una lista de necesidades humanas jerarquizadas —de las fisiológicas a las psicológicas y sociales, entre las cuales menciona la seguridad, la comunidad, el autorespeto, la comprensión y la coherencia, la autorealización y la autonomía—.

El autor concluye afirmando que «las posibilidades de satisfacer las demandas materiales han aumentado como resultado de la nueva tecnología, mientras que las posibilidades de satisfacer las necesidades psicológicas y sociales han disminuido» (p. 99).

La obra concluye ofreciendo algunas conclusiones que constituyen otras tantas tareas para las iglesias, tanto por lo que se refiere a la asistencia pastoral a las comunidades industriales, como a la prevención del impacto social de las nuevas tecnologías, tanto por lo que toca a la promoción de programas educativos para la juventud o de formación profesional como a la promoción de estrategias internacionales que contribuyan a hacer más llevadero y finalmente más humano el paso a un futuro que las nuevas tecnologías están ya diseñando como turbadoramente diferente.

También ahí se vislumbra un desafío ético para los cristianos, con horizontes realmente ecuménicos.

5. *Una ciudadanía universal*

No es sólo el trabajo el terreno donde crecen los nuevos desafíos éticos. La humanidad entera es hoy una encrucijada de ofertas —y de preocupaciones— morales. Pero la mirada puede concentrarse por un momento en la Comunidad Económica Europea, como ha hecho Barney Milligan, canónigo de la Catedral de St. Alban, en su obra sobre esos «nuevos nómadas» que son los europeos de hoy⁶.

Perteneciente a la comunidad anglicana, el autor ha asistido como observador a la Comisión Católica para Europa, y allí ha descubierto una sintonía de intereses y preocupaciones por la vida social y cristiana del continente. Su libro pretende ofrecer materiales para la reflexión sobre lo que Dios está diciendo a su pueblo en esta situación concreta de la Europa occidental.

La primera parte de la obra resume el proceso histórico, especialmente esa parte de la historia que se está desarrollando ante nuestros ojos. El antiguo sueño de una Europa unificada bajo el dominio de un emperador victorioso pertenece al material del viejo museo napoleónico. Europa ensaya nuevos caminos de paz y de fraternidad. Oportunamente el autor recuerda que precisamente en Estrasburgo, la ciudad-frontera a orillas del Rin, donde se reúnen el Consejo de Europa y el Parlamento Europeo, se eleva la estatua simbólica de una madre que llora a sus dos hijos muertos en el campo de batalla: uno de ellos luchando por Francia contra Alemania, el otro luchando por Alemania contra Francia. Estrasburgo ha cambiado de manos muchas veces en la historia. Y precisamente allí, los europeos son convocados a superar los sueños de dominación para reaprender

6 W. J. Milligan, *The New Nomads. Challenges facing Christians in Western Europe* (Ginebra: World Council of Churches 1984) 130 pp.

la afirmación de los derechos humanos. No debe haber más «guerras civiles europeas» (22).

La segunda parte, constituye un interesante septenario de reflexiones sobre otras tantas responsabilidades éticas con las que se enfrentan los pueblos de Europa: el poder, el dinero, el pan, el trabajo, la paz, la raza y el hogar. Siete tareas pendientes. Siete pequeños capítulos de ética social, repensados a la luz de la tradición cristiana y de la Biblia, aunque en un continuo diálogo con otras religiones.

La tercera parte considera la vocación de las iglesias en Europa y el estilo de la presencia cristiana. Una presencia ecuménica. Y una presencia que recuerda para perdonar, para dialogar, para curar heridas, para abrir caminos nuevos. «Los mártires protestantes muertos bajo las persecuciones católicas y los mártires católicos muertos bajo las persecuciones protestantes deberían ser incluidos en la memoria, si no en los calendarios, de la otra iglesia (...). Donde no hay memoria no puede haber penitencia. Y donde no hay penitencia no puede haber perdón» (p. 114).

Aprender a cantar el canto del Señor, como peregrinos y nómadas, exige de los cristianos el don de una fe muy especial. En medio de un mundo tan secularizado, los cristianos europeos están llamados a ofrecer algo diferente y fresco. Habrán de aprender a mirar hacia adelante, aceptando la experiencia del dolor y ofreciendo un sentido a una comunidad en la que muchos ya no consideran tan evidentes las antiguas señales de pista. Una oferta que ya no puede ser monólogo, sino diálogo: en el silencio y la escucha, en la predicación y la proclamación. En la debilidad del joven David que, sin armas deslumbrantes —y embarazosas— se enfrenta a Goliat con una honda y un guijarro. Repensarse a sí misma bajo la imagen de Goliat es, para el autor, la principal tentación de la Iglesia en la Europa occidental de nuestros días. Seguir a David: esa es su vocación (p. 124).

6. Desarraigados y refugiados

He aquí otro problema europeo. Y no sólo europeo. El Secretario para la emigración en la comisión de Consejo Ecuménico de las Iglesias creada para la ayuda intereclesial, y el servicio a los refugiados, André Jacques, nos invita como los antiguos profetas, a volver la vista a los extranjeros que viven dentro de nuestras murallas⁷.

7 A. Jacques, *The Stranger within your Gates. Uprooted People in the World Today* (Ginebra: World Council of Churches 1986) 92 pp.

En los países occidentales estamos acostumbrados a hablar de los años de la posguerra. Olvidamos la interminable sucesión de guerras que han tenido lugar en el mundo desde 1945, que han costado 22 millones de muertos y llevado al exilio a millones de refugiados. De 1975 a 1985, el autor va recorriendo toda una década de tragedias que van desde el Líbano o el Sáhara hasta Sri Lanka o Camboya. Un inacabable éxodo de pobres entre los pobres.

Tras la evocación de los innumerables escenarios de desarraigo, el autor recuerda los principales dolores del exilio, especialmente los de las mujeres abandonadas, los jóvenes amargados y la omnipresente serpiente del racismo. «Ayer, los judíos; mañana, los turcos», es el slogan garabateado sobre las paredes de la Alemania actual. La acusación de ser «inasimilable» o «culturalmente incompatibles» esconde el secreto miedo a que su mayor tasa de natalidad acabe poniendo en peligro la «pureza» de la nación (58).

Tras recordar los innumerables textos bíblicos que llaman la atención de los creyentes sobre la situación del extranjero y el inmigrante, el autor reflexiona sobre las nuevas exigencias éticas que plantea a las iglesias el testimonio en favor de la justicia y el servicio prestado a los extranjeros, aunque vengan a crear problemas dentro de la comunidad nacional, o incluso dentro de las comunidades cristianas. «Ese es el precio que hay que pagar por la fidelidad al Evangelio» (87).

Es necesario agradecer que en el ámbito de las iglesias surjan, precisamente ahora, voces proféticas como ésta.

7. *Hombres y mujeres*

A la marginación por razón de la raza o del país de origen acompaña con frecuencia la marginación por razón del sexo. A propuesta de la Sexta Asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias (Nairobi 1975) y autorizada por el Comité Central (1976) se inició una campaña de estudio en tres niveles diferentes: 1) *Teología*: profundización en los datos bíblicos y teológicos para examinar las asunciones habituales sobre la comunidad de mujeres y hombres en la Iglesia y en la sociedad; 2) *Participación*: en el esfuerzo por la propia liberación, en la defensa de los derechos humanos y en la condena de toda opresión; 3) *Relación* entre mujeres y hombres que, abusando del poder, con frecuencia se explotan unos a otros.

Desde 1978 a 1982 la teóloga norteamericana Constance F. Parvey estuvo encargada de dirigir el estudio encomendado por el Consejo Ecuménico de las Iglesias sobre la «Comunidad de Mujeres y Hombres», que habría de culminar en la histórica

consulta de Sheffield, cuyo informe nos entrega ahora su principal responsable⁸.

De entre las diversas voces escuchadas en Sheffield hay que subrayar el *dúo* presentado por Elisabeth Moltmann-Wendel y Jürgen Moltmann. Para ella, los relatos de la mañana de pascua son presentados más como la aparición del resucitado a las mujeres que como el comienzo de la historia de la Iglesia. Para él, no fue el cristianismo quien introdujo el patriarcado en el mundo, pero el cristianismo se demostró incapaz de oponerse con éxito a tal sistema: es más, el mismo cristianismo fue aprovechado por los varones para que prestara su servicio al patriarcado. Eso significó una hipoteca para su potencial de liberación, como ha sido percibido por los teólogos de la esperanza, los teólogos de la liberación y los cultivadores de la teología política (31).

Entre los comunicantes, hubo en Sheffield voces de todo el mundo, que informaron sobre las dificultades para formar una auténtica comunidad de mujeres y hombres, pero hubo también profundas reflexiones sobre el mensaje liberador que para ambos sexos y para su relación se encuentra en la Sagrada Escritura, así como demandas verdaderamente proféticas dirigidas a todas las iglesias.

Ese es el tono de las «recomendaciones de Sheffield» que van desde la necesidad de estudiar teológicamente el papel de la mujer en los ministerios ordenados hasta la invitación a tener en cuenta la urgencia de una adecuada educación sexual o la promoción de un servicio eficaz a mujeres y hombres que viven en soledad, en la minusvalía, en el abandono (83-90).

Especial significado, tanto teológico como humano y hasta poético, reviste la carta de Sheffield, dirigida a las hermanas y hermanos en Cristo, tratando de comunicarles la experiencia de aquel encuentro, en el que los participantes vivieron ya el anticipo de una verdadera comunidad de mujeres y hombres y exhortándoles a luchar por un mundo nuevo en que también esta forma de esclavitud sea superada.

8. *Hambre y transformación social*

El discurso ético no siempre ha de ser abstracto. A veces, y con mayor eficiencia aún, puede ser narrativo. Ese es el caso de un pequeño libro, editado por Kathleen Todd, que durante seis años ha coordinado el programa «Frontier Internship in

⁸ C. F. Parvey (ed.), *The Community of Women and Men in the Church. The Sheffield Report* (Ginebra: World Council of Churches 1983) 202 pp.

Misión». El FIM es un programa misional ecuménico, con sede en Ginebra, que, a la sombra del Consejo Ecuménico de las Iglesias, implica a los jóvenes en proyectos bianuales en lugares donde se necesita con urgencia un testimonio del Evangelio en medio de problemas políticos, económicos y sociales.

El libro editado por Kathleen Todd recoge una interesante serie de experiencias vividas por esos jóvenes misioneros⁹.

No hace falta decir que los relatos son cautivadores. Y a veces estremecedores, como esos fragmentos del diario de Marck Juergensmayer que va recogiendo sus impresiones ante el hambre que va descubriendo en un barrio mugriento, su observación de que los cristianos de la India se muestran ante él más suspirantes que los amigos hindúes, sus especulaciones sobre una ética occidental de los derechos y una ética oriental del deber (p. 26).

Pero junto a las dificultades de aprendizaje y enseñanza que una norteamericana como Bárbara Cort se encuentra en las Filipinas, o el continuo asombro del chileno Sergio Baeza en California, este librito nos ofrece una profunda reflexión sobre la misión de las iglesias en el mundo de la frontera, del subdesarrollo, de la pobreza, pero también en un mundo marcado por una cultura diferente.

Una teóloga católica como Mary E. Hunt subraya que el FIM se ha movido de la exploración a la solidaridad. Su trabajo se ha convertido en paradigmático. Sin pretenderlo, está recordando a las iglesias la necesidad de una solidaridad ecuménica y universal: la de estar con otros miembros de la *ecclesia* en sus esfuerzos por vivir los mandatos evangélicos de amor y de justicia.

De esta forma, un libro que aparentemente es una simple colección de relatos de misión juvenil se convierte, una vez más, en una reflexión sobre la mediación ética de la fe cristiana y sus urgencias testimoniales y prácticas.

9. Paz y derechos humanos

En el verano de 1946 tenía lugar en Cambridge (Inglaterra) un simposio al que participaban unas sesenta personas procedentes de 16 países. La asamblea, presidida por John Foster Dulles, proponía que el Consejo Ecuménico de las Iglesias y el Consejo Misional Internacional pusieran en marcha una Comisión de las Iglesias para los Asuntos Internacionales.

⁹ K. Todd (ed.), *Crossing Boundaries. Stories from the Frontier Internship in Mission Programme* (Ginebra: World Council of Churches 1985) 108 pp.

Cuarenta años más tarde, el reverendo Ans J. van der Bent, director de la biblioteca del Centro Ecuménico de Ginebra, ha contado la historia de esa Comisión, o más bien, la historia de las *ideas* que se encontraban detrás de cada una de sus intervenciones¹⁰.

Una historia que es más que un relato o una crónica. La misma existencia de la Comisión ha suscitado siempre numerosas preguntas que, en 1985, retomaba un documento del Comité Central del Consejo Ecuménico de las Iglesias al reconsiderar su propio papel en los asuntos internacionales. ¿Por qué el Consejo ha de verse implicado en tales asuntos? ¿Cómo lleva a cabo sus funciones en ese terreno? ¿Cuáles son los criterios para seleccionar las acciones? ¿Cuáles son las contribuciones especiales que un organismo como el Consejo puede aportar a ese campo concreto?

La obra de Ans J. van der Bent no olvida evocar las orientaciones que los católicos romanos han recibido del Concilio Vaticano II para hacerse presentes en los problemas de la comunidad internacional. Tal presencia viene exigida por la misma naturaleza de la fe, que impulsa a los creyentes a actuar como fermento en medio de la masa.

Las actuaciones de la Comisión de las Iglesias para los Asuntos Internacionales han estado siempre vinculadas con la promoción de la paz, la seguridad y el desarme (12), lo cual no significa que todas las iglesias hayan siempre compartido idénticos puntos de vista, por ejemplo, sobre el desarme nuclear, como subrayaba en un estudio publicado en Roma en 1985 por el IDOC, con el título *The Churches as Peacemakers? An Analysis of Recent Church Statements on Peace, Disarmament and War*.

Entre los nuevos objetivos que había asumido la asamblea fundadora en 1946, se encontraba el mantenimiento de contactos con las agencias internacionales, especialmente las Naciones Unidas, para «el fomento, el respeto y la observación de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, con especial atención al problema de la libertad religiosa». No es extraño que ya el primer presidente de la Comisión participara en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, concretamente en calidad de consultor sobre la libertad religiosa y la libertad de conciencia. Desde entonces hasta ahora, la Comisión no ha cesado de estimular a las iglesias a alzar una voz profética en contra de las violaciones de los derechos humanos que tienen lugar en los diversos países (37).

10 A. J. van der Bendt, *Christian Rspnse in a World of Crisis. A brief History of the WCC's Commission of the Churches on International Affairs* (Ginebra: World Council of Churches 1986) 80.

La misma voz de la Comisión no ha abdicado de tal misión profética en momentos particularmente conflictivos, como en 1949 al someter a la Comisión sobre la Conciliación de Palestina un memorandum sobre la protección de los intereses y actividades religiosas en Palestina; o como en tantos pronunciamientos sobre la situación creada en Laos, sobre los bombardeos de Vietnam, sobre la guerra civil de Nigeria, sobre los conflictos de Rhodesia, Angola, Sudán, Lesotho, Líbano o Filipinas.

En el presente, y de cara al futuro, la Comisión entiende que debe preocuparse de la formulación de las leyes y de las instituciones internacionales, en lugar de limitarse a intervenir de forma pragmática y ocasional.

De todas formas, la misma existencia de la Comisión de las Iglesias para los asuntos internacionales, así como la obra de Ans J. van der Bent que nos resume sus actividades y su espíritu, vienen a recordar a todas las iglesias y a todos los cristianos que el don de la fe se realiza también en la atención comprometida a los derechos del hombre, dondequiera que son puestos en entredicho. La fe adquiere necesariamente dimensiones universales de servicio.

10. *Diálogo y comunidad*

La teología se refleja necesariamente en la acción pastoral. Pero también es cierto lo contrario. Los compromisos pastorales no pueden menos de ser asumidos y repensados por la teología, si tanto aquéllos como ésta tratan de ser fieles al Evangelio y a su respectiva misión.

El hecho de adquirir conciencia de las demandas que los problemas humanos plantean a la fe cristiana y el hecho de un mayor encuentro fáctico entre las diversas religiones había de desarrollar una reflexión teológica más comprometida con el mundo y más abierta al diálogo ecuménico. Pero, al mismo tiempo, había de impulsar a la revisión de la misma enseñanza de la teología.

El Consejo Ecuménico de las Iglesias ha puesto en marcha un programa de Educación Teológica que, junto a las preocupaciones de la Subcomisión para el Diálogo, recibió su primera revisión en Kuala Lumpur (Malasia), del 19 al 25 de junio de 1985.

Un resumen de aquellas discusiones ha sido preparado y editado por Sam Amirtham, director del Programa de Educación Teológica, y por Wesley Ariarajah, director de la Subcomisión para el Diálogo¹¹.

11 S. Amirtham - S. W. Ariarajah (eds.), *Ministerial Formation*

La mayor parte de los que se reunieron en Kuala Lumpur eran profesores de teología en los seminarios de Asia. Pero si hubiera que subrayar alguna intervención, tal vez fuera la de Diana Eck. Formada en la escuela de Teología de Harvard, bien conocida por su interés en el estudio de las religiones del mundo, Diana Eck es una excelente conocedora del Hinduismo, de sus mitos y sus ritos y ha enseñado teología en la India. De sus conocimientos y de su experiencia deduce la necesidad de un mayor conocimiento mutuo entre las religiones, la necesidad de un diálogo incesante entre ellas, de un mayor respeto y, de paso, de una continua revisión de los conceptos teológicos de cada religión, teniendo en cuenta la realidad y la presencia de las otras religiones, que resulta siempre interpelante tanto para la propia fe, como para la sistematización de esa misma fe.

Habría también que subrayar las reflexiones del Dr. J. Paul Rajashekar sobre el impacto que la presencia de otras religiones ha de tener no sólo sobre la teología sistemática o sobre la interpretación cristiana de las Escrituras, sino también sobre la misma teología práctica (113), que adquiere así una más amplia perspectiva del cuidado pastoral y del trabajo diaconal.

Una vez más, y en un marco ecuménico inter-religioso, la fe y la teología —no sólo la teología «cristiana», como anota M. Thomas Thangaraj— evocan, motivan y refuerzan el compromiso de los creyentes ante las realidades aparentemente «profanas» de este mundo.

11. *Teología popular*

El mismo Sam Amirtham y su asistente, John Pobe, en la dirección del mencionado Programa de Educación Teológica, creado por el Consejo Mundial de las Iglesias, nos han ofrecido otro hermoso libro sobre la teología popular¹².

En él se recogen las intervenciones que se presentaron en un simposio celebrado sobre el tema en México, en abril de 1985.

La idea fundamental del simposio es de una diafanidad incontestable. Si el ministerio cristiano pertenece a todo el pueblo de Dios, todo el pueblo de Dios necesita ser equipado adecuadamente para tal ministerio. Diversos programas han tratado de llevar esta convicción a la práctica, a veces con resultados

in a Multifaith Milieu. Implications of Interfaith Dialogue for Theological Education (Ginebra: World Council of Churches 1986) 122 pp.

12 S. Amirtham - J. S. Pobe (eds.), *Theology by the People. Reflections on doing Theology in Community* (Ginebra: World Council of Churches 1986) 144 pp.

insospechados. Tan insospechados que el pueblo mismo no se ha limitado a *aprender* teología, sino que ha comenzado a *crear* teología, en comunidades cristianas de base, en pequeños grupos reunidos en los hogares, en grupos de estudio bíblico, en grupos comprometidos con la paz y la justicia, etc.

De este modo se hace cada vez más claro que si el pueblo necesita teología, también la teología necesita al pueblo. «La teología necesita la reflexión de la gente comprometida con la práctica cristiana para preservar su vitalidad y su totalidad» (IX).

En esta obra, la «introducción» no puede ser dejada de lado. Ahí se encuentra una clarificación absolutamente necesaria sobre el significado de la teología, del mismo término «pueblo» y una reflexión sobre los pobres como destinatarios de la palabra de Dios. Pero se encuentra también una serie de interesantes observaciones sobre lo que la teología popular está aportando a cada una de las disciplinas teológicas, como la Cristología o la Eclesiología o incluso el compromiso moral en el mundo. En este último terreno, la introducción considera necesario explicar lo que significa la «contextualidad» para la teología popular. No se trata, como temía Lesslie Newbigin, en 1980, de partir de los hechos sociales para reformular el mensaje cristiano, de forma que el resultado sería más un «programa» o una «cruzada» que unas «buenas noticias». De esa forma, y por caminos insospechada, la ley habría vuelto a imponerse al Evangelio. En ese caso serían más que verdaderas algunas críticas dirigidas a la Teología de la Liberación. La verdadera «contextualización», en cambio, trata de escuchar la palabra de Dios de forma que ayude al pueblo de Dios a discernir la particularidad de este momento histórico que vive, como explicara ya hace años Shoki K. Coe (20).

La obra incluye un capítulo en el que Enrique Dussel intenta una clarificación de los términos «teología popular», utilizando algunos ejemplos, como la lectura de los libros de Esdrás y Nehemías por parte de una comunidad nicaragüense o la lectura de la parábola del Buen Samaritano por una comunidad brasileña, subrayando que la teología popular es a la vez un desafío y una amenaza, una posibilidad y quizás una utopía, pero, de todas formas, una necesidad.

El libro recoge una larga serie de experiencias, llegadas de diversas partes del mundo, desde América Latina a tres grupos italianos, pasando por África y Asia.

La carta abierta redactada por los participantes en el simposio reconoce que a causa de la opresión, la alienación y el empobrecimiento que caracterizan a nuestro mundo, todas las personas, especialmente los pobres y oprimidos, son llamados por el Espíritu de Dios a articular su propia teología a medida

que van descubriendo que el Dios de la Biblia está de su parte y a medida que todos vamos ofreciendo resistencia a los «principados» de este mundo y superando las fuerzas de la muerte (130).



He aquí una breve presentación de diversas obras publicadas recientemente por el Consejo Ecuménico de las Iglesias.

Todas ellas tienen varios puntos en común. En primer lugar, la fidelidad a los temas mayores de la *revelación bíblica*, desde la redención del hombre y de lo humano hasta la esperanza de la salvación definitiva, pasando por la buena nueva del Reino de Dios, anunciado y realizado por Jesucristo.

Todas estas obras tienen también en común, una deliberada atención, lúcida y cordial a la vez, a los *problemas humanos* que adquieren relevancia especial en este momento de la historia, como el hambre, la opresión, las tensiones sociales, la inmigración, el desempleo y el paro, la marginalidad, el aplastamiento de los derechos humanos. Todas esas situaciones de dolor no son expuestas solamente como fenómenos históricos coyunturales, sino como signos de la irredención y del pecado. En cada una de esas situaciones se hace presente paradójicamente el Reino de Dios que viene en Jesucristo a liberar a los oprimidos y a anunciar el Evangelio a los pobres. Pero en nada una de esas situaciones el creyente puede escuchar una llamada. Y reflexionar sobre su responsabilidad moral.

En tercer lugar, todas estas obras están impregnadas de un sincero *sentimiento misionero y ecuménico* a la vez. Ante el panorama de dolor que se abre ante sus ojos, los cristianos descubre que la misión de anunciar el Evangelio en modo alguno puede reducirse, en un nuevo pero peligroso dualismo, al anuncio de una palabra evangélica. La misión incluye en sí misma el compromiso activo, la voz profética, la «*diaconía*» de las obras del amor. Pero en una colaboración ecuménica, en un diálogo ecuménico entre los cristianos y con los creyentes de otras religiones.

El conjunto nos ofrece un riquísimo panorama de preocupaciones éticas en perspectiva ecuménica. Un panorama rico y sin duda interpellante.

JOSE-ROMAN FLECHA

Facultad de Teología.

Universidad Pontificia de Salamanca